



LECTIO DIVINA

Pentecostés

X semana del Tiempo Ordinario

Del 09 al 15 de junio de 2019



“El Espíritu lo inunda todo”

DOMINGO, 09 DE JUNIO DE 2019

Cultivar asiduamente nuestro trato con el Espíritu Santo.

Oración introductoria

Señor, que abra mi corazón a tus inspiraciones para poder cumplir siempre tu santa voluntad

Petición

Jesús, concédeme escuchar tu voz en el silencio de mi conciencia.

Lectura del libro de los Hechos de los Apóstoles (Hch. 2,1-11)

AL cumplirse el día de Pentecostés, estaban todos juntos en el mismo lugar. De repente, se produjo desde el cielo un estruendo, como de viento que soplaba fuertemente, y llenó toda la casa donde se encontraban sentados. Vieron aparecer unas lenguas, como llamaradas, que se dividían, posándose encima de cada uno de ellos. Se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía manifestarse. Residían entonces en Jerusalén judíos devotos venidos de todos los pueblos que hay bajo el cielo. Al oírse este ruido, acudió la multitud y quedaron desconcertados, porque cada uno los oía hablar en su propia lengua. Estaban todos estupefactos y admirados, diciendo: «¿No son galileos todos esos que están hablando? Entonces, ¿cómo es que cada uno de nosotros los oímos hablar en nuestra lengua nativa? Entre nosotros hay partos, medos, elamitas y habitantes de Mesopotamia, de Judea y Capadocia, del Ponto y Asia, de Frigia y Panfilia, de Egipto y de la zona de Libia que limita con Cirene; hay ciudadanos romanos forasteros, tanto judíos como prosélitos; también hay cretenses y árabes; y cada uno los oímos hablar de las grandezas de Dios en nuestra propia lengua».

Salmo (Sal 103,1ab.24ac.29bc-30.31.34)

Envía tu Espíritu, Señor, y repuebla la faz de la tierra.

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios (1 Cor. 12,3b-7.12-13)

Hermanos: Nadie puede decir: «Jesús es Señor», sino por el Espíritu Santo. Y hay diversidad de carismas, pero un mismo Espíritu; hay diversidad de ministerios, pero un mismo Señor; y hay diversidad de actuaciones, pero un mismo Dios que obra todo en todos. Pero a cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para el bien común. Pues, lo mismo que el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, a pesar de ser muchos, son un solo cuerpo, así es también Cristo. Pues todos nosotros, judíos y griegos, esclavos y libres, hemos sido bautizados en un mismo Espíritu, para formar un solo cuerpo. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu.

Secuencia

Ven, Espíritu divino,
manda tu luz desde el cielo.
Padre amoroso del pobre;
don, en tus dones espléndido;
luz que penetra las almas;
fuente del mayor consuelo.
Ven, dulce huésped del alma,
descanso de nuestro esfuerzo,
tregua en el duro trabajo,
brisa en las horas de fuego,
gozo que enjuga las lágrimas
y reconforta en los duelos.
Entra hasta el fondo del alma,
divina luz, y enriquécenos.
Mira el vacío del hombre,

si tú le faltas por dentro;
mira el poder del pecado,
cuando no envías tu aliento.
Riega la tierra en sequía,
sana el corazón enfermo,
lava las manchas,
infunde calor de vida en el hielo,
doma el espíritu indómito,
guía al que tuerce el sendero.
Reparte tus siete dones,
según la fe de tus siervos;
por tu bondad y tu gracia,
dale al esfuerzo su mérito;
salva al que busca salvarse
y danos tu gozo eterno.

Lectura del santo evangelio según san Juan (Jn. 20,19-23)

Al anochecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: «Paz a vosotros». Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: «Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo». Y, dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos».

Releemos el evangelio

San Juan María Vianney (1786-1859)

presbítero, cura de Ars

*El Espíritu del Santo Cura de Ars en sus Catecismos,
sus Sermones, sus Conversaciones.*

“El Espíritu Santo Paráclito”

El hombre por sí mismo no es nada, pero es bastante con el Espíritu Santo. El hombre es totalmente terrestre y animal; sólo el Espíritu Santo puede elevar su alma y llevarlo hacia arriba. Como esos anteojos que hacen grandes los objetos, el Espíritu Santo nos hace ver el bien y el mal en grande.

Con el Espíritu Santo, vemos todo en grande: vemos la grandeza de las mínimas acciones hechas para Dios, y la grandeza de las faltas más mínimas. Como un relojero con sus anteojos puede distinguir los más pequeños engranajes de un reloj, con las luces del Santo Espíritu distinguimos todos los detalles de nuestra pobre vida. Sin el Santo Espíritu, todo es frío: cuando sentimos que el fervor se pierde, idebemos hacer rápidamente una novena al Santo Espíritu para pedir la fe y el amor!

Palabras del Santo Padre Francisco

«Mediante el Bautismo, el Espíritu Santo nos ha insertado en el corazón y en la vida misma de Dios, que es comunión de amor. Dios es una “familia” de tres Personas que se aman tanto que forman una sola cosa. Esta “familia divina” no está cerrada en sí misma, sino que es abierta, se comunica en la creación y en la historia y ha entrado en el mundo de los hombres para invitar a todos a formar parte de ella. El horizonte trinitario de comunión envuelve a todos y nos estimula a vivir en el amor y en el compartir fraterno, seguros que allí donde hay amor, allí está Dios.»
(Santísima Trinidad, ángelus del Papa Francisco, 22 mayo, 2016)

Meditación

«Yo le rogaré al Padre y él les dará otro Paráclito para que esté siempre con ustedes» ¿Puede haber una frase más consoladora que esta? Al pensar en estas palabras que Jesús pronunció a sus discípulos, podemos imaginar cuánto amor encierra esta afirmación. Él rogará por nosotros, así nos lo dice, pero tenemos que leer en primera persona estas palabras; nos habla a cada uno de nosotros de forma particular.

Él nos dará un Consolador, alguien que nos guíe y que no nos dejará solos jamás. Y nos toca a nosotros ahora no abandonarlo, o mejor dicho no creer que con nuestras propias fuerzas podremos superar todos los obstáculos «No permitan que el mundo les haga creer que es mejor caminar solos. No cedan a la tentación de ensimismarse, de volverse egoístas o superficiales ante el dolor, la dificultad o el éxito pasajero» Papa Francisco, mensaje para los jóvenes de Lituania.

«El que me ama, cumplirá mi palabra y mi Padre lo amará y vendremos a él y haremos en él nuestra morada». Somos morada del Espíritu Santo, eso es un regalo que se nos hace a partir de Bautismo. A partir de ese momento somos templo donde habita la Trinidad Beatísima. Por tanto, debemos cultivar en nuestra vida cotidiana el trato asiduo con Dios, pero no con formalidades rígidas que nos puedan asemejar con un

fariseísmo, sino que debemos cultivar el trato filial, amoroso y sincero con Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. Dios es una «familia» de tres Personas que se aman tanto que conforman una sola cosa.

Por último, pidamos a María, Reina de los apóstoles y madre de la Iglesia, que el día de hoy en el que celebramos la fiesta de Pentecostés interceda ante la Trinidad Beatísima, para que en nuestros corazones arda el fuego abrazador del amor divino y nos impulse a ser cada día más fieles a la voluntad de Dios.

Oración final

Espíritu Santo, deja que te hable todavía, una vez más; para mí es difícil separarme del encuentro de esta Palabra, porque en ella estás presente Tú, vives y actúas Tú. Te presento, a tu intimidad, a tu Amor, mi rostro de discípulo; me reflejo en Ti, Espíritu Santo. Te entrego, dedo de la derecha del Padre, mis proyectos, mis ojos, mis labios, mis orejas... realiza la obra de curación, de liberación y de salvación; que yo renazca hoy, como hombre nuevo del seno de tu fuego, de la respiración de tu viento. Espíritu Santo, sé que no he nacido para permanecer solo; por esto, te ruego: envíame a mis hermanos, para que pueda anunciarles la Vida que viene de Ti. Amén. ¡Aleluya!

LUNES, 10 DE JUNIO DE 2019
BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA, MADRE DE LA IGLESIA
Mujer, ahí tienes a tu hijo.

Oración introductoria

Señor Dios, vengo del polvo y en polvo me convertiré. Tú existes antes de todos los tiempos y me has creado para compartirme tu infinito

amor. Me formaste en el vientre de mi madre con infinito cuidado y ternura y espero que me abracés el día de mi muerte para llevarme a tu casa en el cielo a gozar eternamente de tu presencia.

Gracias por darme tanto amor, por estar siempre conmigo guiándome y fortaleciéndome con tu gracia, además de bendecirme permanentemente con tu amor. Toma mi amor a cambio. Humildemente te ofrezco todo lo que tengo y todo lo que soy.

Petición

María, condúceme hacia la transformación completa en Jesucristo.

Lectura de la carta del libro del Génesis (Gn. 3, 9-15. 20)

El Señor Dios llamó a Adán y le dijo: «¿Dónde estás?». Él contestó: «Oí tu ruido en el jardín, me dio miedo, porque estaba desnudo, y me escondí». El Señor Dios le replicó: «¿Quién te informó de que estabas desnudo?, ¿es que has comido del árbol del que te prohibí comer?». Adán respondió: «La mujer que mediste como compañera me ofreció del fruto y comí». El Señor Dios dijo a la mujer: «¿Qué has hecho?». La mujer respondió: «La serpiente me sedujo y comí». El Señor Dios dijo a la serpiente: «Por haber hecho eso, maldita tú entre todo el ganado y todas las fieras del campo; te arrastrarás sobre el vientre y comerás polvo toda tu vida; pongo hostilidad entre ti y la mujer, entre tu descendencia y su descendencia; esta te aplastará la cabeza cuando tú la hieras en el talón». A la mujer le dijo: «Mucho te haré sufrir en tu preñez, parirás hijos con dolor, tendrás ansia de tu marido, y él te dominará». A Adán le dijo: «Por haber hecho caso a tu mujer y haber comido del árbol del que te prohibí, maldito el suelo por tu culpa: comerás de él con fatiga mientras vivas; brotará para ti cardos y espinas, y comerás hierba del campo. Comerás el pan con sudor de tu frente, hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste sacado; pues eres polvo y al polvo volverás». Adán llamó a su mujer Eva, por ser la madre de todos los que viven.

Salmo: Sal 87. 1-2.3 y 5. 6-7

¡Qué pregón tan glorioso para ti, ciudad de Dios!

Lectura del santo Evangelio según san Juan (Jn. 19, 25-34)

Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María, la de Cleofás, y María, la Magdalena. Jesús, al ver a su madre y junto a ella al discípulo al que amaba, dijo a su madre: «Mujer, ahí tienes a tu hijo». Luego, dijo al discípulo: «Ahí tienes a tu madre». Y desde aquella hora, el discípulo la recibió como algo propio. Después de esto, sabiendo Jesús que ya todo estaba cumplido, para que se cumpliera la Escritura, dijo: «Tengo sed». Había allí un jarro lleno de vinagre. Y, sujetando una esponja empapada en vinagre a una caña de hisopo, se la acercaron a la boca. Jesús, cuando tomó el vinagre, dijo: «Está cumplido». E, inclinando la cabeza, entregó el espíritu. Los judíos entonces, como era el día de la preparación, para que no se quedaran los cuerpos en la cruz el sábado, porque aquel sábado era un día grande, pidieron a Pilato que les quebraran las piernas y que los quitaran. Fueron los soldados, le quebraron las piernas al primero y luego al otro que habían crucificado con él; pero al llegar a Jesús, viendo que ya había muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados, con la lanza, le traspasó el costado, y al punto salió sangre y agua.

Releemos el evangelio

San Sofronio, obispo

De los sermones en la Anunciación de la Santísima Virgen

(Sermón 2, 21-22;26: PG 87, 3, 3242, 3250)

***La bendición del Padre ha brillado
para los hombres por medio de María***

Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo. ¿Y qué puede ser más sublime que este gozo, oh Virgen Madre? ¿O qué cosa puede ser más excelente que esta gracia, que, viniendo de Dios, tú sólo has obtenido?

¿Acaso se puede imaginar una gracia más agradable o más espléndida? Todas las demás no se pueden comparar a las maravillas que se realizan en ti; todas las demás son inferiores a tu gracia; todas, incluso las más excelsas, son secundarias y gozan de una claridad muy inferior.

El Señor está contigo. ¿Y quién es el que puede competir contigo? Dios proviene de ti; ¿quién no te cederá el paso, quién habrá que no te conceda con gozo la primacía y la precedencia? Por todo ello, contemplando tus excelsas prerrogativas, que destacan sobre las de todas las creaturas, te aclamo con el máximo entusiasmo: Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo. Pues tú eres la fuente del gozo no sólo para los hombres, sino también, para los ángeles del cielo.

Verdaderamente, *bendita tú entre las mujeres*, pues has cambiado la maldición de Eva en bendición; pues has hecho que Adán, que yacía postrado por una maldición, fuera bendecido por medio de ti.

Verdaderamente, *bendita tú entre las mujeres*, pues por medio de ti la bendición del Padre ha brillado para los hombres y los ha liberado de la antigua maldición.

Verdaderamente, *bendita tú entre las mujeres*, pues por medio de ti encuentran la salvación tus progenitores; pues tú has engendrado al Salvador, que les concederá la salvación eterna.

Verdaderamente, *bendita tú entre las mujeres*, pues sin concurso de varón has dado a luz aquel fruto que es bendición para todo el mundo, al que ha redimido de la maldición que no producía sino espinas.

Verdaderamente, *bendita tú entre las mujeres*, pues a pesar de ser una mujer, creatura de Dios como todas la demás, has llegado a ser, de verdad, Madre de Dios. Pues lo que nacerá de ti es, con toda verdad, el Dios hecho hombre, y, por lo tanto, con toda justicia y con toda razón, te llamas Madre de Dios, pues de verdad das a luz a Dios.

Tú tienes en tu seno al mismo Dios, hecho hombre en tus entrañas, quien, como un esposo, saldrá de ti para conceder a todos los hombres el gozo y la luz divina.

Dios ha puesto en ti, oh Virgen, su tienda como en un cielo puro y resplandeciente. Saldrá de ti como *el esposo de su alcoba* e, imitando el recorrido del sol, recorrerá en su vida el camino de la futura salvación para todos los vivientes, y, extendiéndose de un extremo a otro del cielo, llenará con calor divino y vivificante todas las cosas.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Nuestro camino de fe está unido de manera indisoluble a María desde el momento en que Jesús, muriendo en la cruz, nos la ha dado como Madre diciendo: “He ahí a tu madre”. Estas palabras tienen un valor de testamento y dan al mundo una Madre. Desde ese momento, la Madre de Dios se ha convertido también en nuestra Madre. En aquella hora en la que la fe de los discípulos se agrietaba por tantas dificultades e incertidumbres, Jesús les confió a aquella que fue la primera en creer, y cuya fe no decaería jamás. Y la “mujer” se convierte en nuestra Madre en el momento en el que pierde al Hijo divino.

Y su corazón herido se ensancha para acoger a todos los hombres, buenos y malos, y los ama como los amaba Jesús. La mujer que en las bodas de Caná de Galilea había cooperado con su fe a la manifestación de las maravillas de Dios en el mundo, en el Calvario mantiene encendida la llama de la fe en la resurrección de su Hijo, y la comunica con afecto materno a los demás. María se convierte así en fuente de esperanza y de verdadera alegría.

La Madre del Redentor nos precede y continuamente nos confirma en la fe, en la vocación y en la misión. Con su ejemplo de humildad y de disponibilidad a la voluntad de Dios nos ayuda a traducir nuestra fe en un anuncio del Evangelio alegre y sin fronteras. De este modo nuestra misión será fecunda, porque está modelada sobre la maternidad de María. A ella

confiamos nuestro itinerario de fe, los deseos de nuestro corazón, nuestras necesidades, las del mundo entero, especialmente el hambre y la sed de justicia y de paz; y la invocamos todos juntos: ¡Santa Madre de Dios!»
(Homilía de S.S. Francisco, 1 de enero de 2014).

Meditación

Hoy, Jesús, me demuestras el amor tan exagerado que me tienes: luego de haberme entregado todo lo que tenías, cuando ya no te quedaba nada más que dejarme, me regalas a María, tu mamá, para que también sea mi mamá.

Le dices a la Virgen: «mujer, allí tienes a tu hijo». En la persona de Juan, la Iglesia siempre se ha visto como heredera de ese gran tesoro que es María... pero ¿y la Virgen qué siente?, ¿qué pensamientos recorren ese corazón de madre que ve morir a su Hijo en una cruz y recibe a toda la humanidad como hijos?

Jesús, Tú has muerto por mí, he sido yo quien te ha crucificado con y por mis pecados Te ha entregado al escarnio y a la muerte... ¡Y Tú me regalas a tu mamá! ¡Tú le pides a la Virgen que me adopte a mí, un verdugo tuyo! ¿Cómo acercarme a María si acabo de crucificarte?, ¿con la misma mano que te abofeteó y te clavó acariciaré su mejilla? ¿Cómo la misma boca que hace poco gritaba: «crucifícalo» ahora se atreverá a decirle a la Virgen: «Madre, te quiero»?

¡Es una locura! Y sin embargo, María me mira con sus purísimos ojos bañados en llanto y me dice: «Hijito, si Jesús te ha perdonado todo lo que le hiciste, yo también te perdono. Ven. No tengas ni miedo ni vergüenza. No voy a reclamarte ni a reprocharte nada. Sólo te pido una cosa: No dejes que la sangre de mi Hijo sea en vano. Él ha muerto por Ti con la esperanza de que tú lo amarías. Si no sabes cómo hacerlo, ven y yo te enseñaré. Yo también te amo y sólo quiero que la sangre de mi Jesús te dé la vida eterna.»

Oración final

Alzo mis ojos a los montes,
¿de dónde vendrá mi auxilio?
Mi auxilio viene de Yahvé,
que hizo el cielo y la tierra. *(Sal 121,1-2)*

MARTES, 11 DE JUNIO DE 2019

SAN BERNABÉ, APÓSTOL

Ser sal y luz...

Oración introductoria

Concédeme, Señor, la gracia de experimentar de modo íntimo y profundo la fuerza de tu amor, que vence todo mal y oscuridad, para así poder ser sal y luz en este mundo que vivo, en medio de mi familia, de mi trabajo, de mis amigos...

Petición

Señor, te pido que deje entrar tu luz a mi conciencia para ser sal que ilumine y dé sabor a la vida de los demás.

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles (Hch. 11,21b-26;13,1-3)

En aquellos días, gran número creyó y se convirtió al Señor. Llegó noticia a la Iglesia de Jerusalén, y enviaron a Bernabé a Antioquía; al llegar y ver la acción de la gracia de Dios, se alegró mucho, y exhortó a todos a seguir unidos al Señor con todo empeño; como era hombre de bien, lleno de Espíritu Santo y de fe, una multitud considerable se adhirió al Señor. Más

tarde, salió para Tarso, en busca de Saulo; lo encontró y se lo llevó a Antioquía. Durante un año fueron huéspedes de aquella Iglesia e instruyeron a muchos. Fue en Antioquía donde por primera vez llamaron a los discípulos cristianos. En la Iglesia de Antioquia había profetas y maestros: Bernabé, Simeón, apodado el Moreno, Lucio el Cireneo, Manahén, hermano de leche del virrey Herodes, y Saulo. Un día que ayunaban y daban culto al Señor, dijo el Espíritu Santo: «Apartadme a Bernabé y a Saulo para la misión a que los he llamado.» Volvieron a ayunar y a orar, les impusieron las manos y los despidieron.

Salmo (Sal 97,1.2-3ab.3c-4.5-6)

El Señor revela a las naciones su justicia.

Lectura del santo evangelio según san Mateo (Mt. 5, 13,16)

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: “Ustedes son la sal de la tierra. Si la sal se vuelve insípida, ¿con qué se le devolverá el sabor? Ya no sirve para nada y se tira a la calle para que la pise la gente. Ustedes son la luz del mundo. No se puede ocultar una ciudad construida en lo alto de un monte; y cuando se enciende una vela, no se esconde debajo de una olla, sino que se pone sobre un candelero para que alumbre a todos los de la casa. Que de igual manera brille la luz de ustedes ante los hombres, para que viendo las buenas obras que ustedes hacen, den gloria a su Padre, que está en los cielos”.

Releemos el evangelio

Concilio Vaticano II

Mensaje a los jóvenes el 7/12/ 1965

"Proclamad que el Reino de los cielos está cerca"

Es a vosotros, jóvenes de uno y otro sexo del mundo entero, a quienes el Concilio quiere dirigir su último mensaje. Porque sois vosotros los que vais a recibir la antorcha de manos de vuestros mayores y a vivir en

el mundo en el momento de las más gigantescas transformaciones de su historia. Sois vosotros los que, recogiendo lo mejor del ejemplo y de las enseñanzas de vuestros padres y de vuestros maestros vais a formar la sociedad de mañana; os salvaréis o pereceréis con ella. La Iglesia, durante cuatro años, ha trabajado para rejuvenecer su rostro, para responder mejor a los designios de su fundador, el gran viviente, Cristo, eternamente joven.

Al final de esa impresionante «reforma de vida» se vuelve a vosotros. Es para vosotros los jóvenes, sobre todo para vosotros, porque la Iglesia acaba de alumbrar en su Concilio una luz, luz que alumbrará el porvenir. La Iglesia está preocupada porque esa sociedad que vais a constituir respete la dignidad, la libertad, el derecho de las personas, y esas personas son las vuestras. Está preocupada, sobre todo, porque esa sociedad deje expandirse su tesoro antiguo y siempre nuevo: la fe, y porque vuestras almas se puedan sumergir libremente en sus bienhechoras claridades.

Confía en que encontraréis tal fuerza y tal gozo que no estaréis tentados, como algunos de vuestros mayores, de ceder a la seducción de las filosofías del egoísmo o del placer, o a las de la desesperanza y de la nada, y que frente al ateísmo, fenómeno de cansancio y de vejez, sabréis afirmar vuestra fe en la vida y en lo que da sentido a la vida: la certeza de la existencia de un Dios justo y bueno.

Palabras del Santo Padre Francisco

«El Señor dice que este testimonio es hacer como la sal y como la luz, es más, convertirnos nosotros en sal y luz. Parece poca cosa, porque el Señor con pocas cosas nuestras hace milagros, hace maravillas. El cristiano debe tener esta actitud de humildad: solamente buscar ser sal y luz. Ser, por tanto, sal para los demás, luz para los demás, porque la sal no se da sabor a sí misma, sino que está siempre al servicio. Y es así también que la luz no se ilumina a sí misma en cuanto que está siempre al servicio.» *(Homilía de S.S. Francisco, 12 de junio de 2018, en santa Marta).*

Meditación

El Señor, en el Evangelio de hoy, nos presenta dos imágenes: ser sal y ser luz. Estas imágenes se relacionan con el cristiano, con el discípulo que sigue al Señor, que abraza el Evangelio y lo vive. La sal da sabor a los alimentos, hace de algo insípido algo apetecible, algo que no es rechazado sino por el contrario, querido. La luz elimina toda oscuridad y nos permite ver con claridad todo lo que se encuentra delante nuestro.

Podemos preguntarnos qué significado tienen estas imágenes, dadas por el Señor, en nuestra vida. ¿Qué quiere decir que yo soy sal de la tierra, que soy luz del mundo? El cristiano convencido que vive realmente el Evangelio es sal y luz porque su vida es reflejo de la verdadera Luz y de la verdadera Sal, que es Jesús. Quien vive el Evangelio, vive unido a Él. Quien está unido a Él, recibe sabor y luz para su vida, que es su amor, su palabra, su presencia.

El cristiano, ante el hambre y la sed que experimenta en su vida, encuentra en Cristo el verdadero alimento para su vida, y ante la oscuridad del pecado, por Él es guiado. Su vida recibe un sentido y ve con claridad su fin. Ante las dificultades, problemas o sufrimientos que se le presenten, no caerá o será invadido por la amargura y oscuridad que estos traen a la propia vida, sino que podrá dar un sabor, es decir un sentido, y podrá seguir caminando hacia su verdadero fin, pues tendrá una luz que jamás se extinguirá.

Por ello el Señor dice que seremos sal para la tierra y luz para el mundo, porque nuestra vida jamás dejará de ser alimentada por un alimento lleno de sabor y será guiada por una luz que irradia por encima de toda oscuridad. Nos hace un llamado a transmitir alegría y amor ante un mundo que pierde el sabor de vivir y a iluminar un mundo lleno de oscuridad. ¿Cristo es para mí esa sal que da sabor a mi vida y esa luz que ilumina mi caminar?

Oración final

Cantad a Yahvé un nuevo canto,
porque ha obrado maravillas;
le sirvió de ayuda su diestra,
su santo brazo. *(Sal 98,1)*

MIÉRCOLES, 12 DE JUNIO DE 2019

Dejarme amar por Cristo.

Oración introductoria

Jesús, gracias porque estás aquí para escucharme. Yo creo y sé que me amas mucho más de lo que me puedo imaginar. Siempre lo has hecho y siempre lo harás. Haz que te experimente hoy en el modo que Tú quieras. María, que creíste en el amor de Dios en la luz y en las sombras, acompáñame en este rato de oración.

Petición

Señor, dame la gracia de ser un testigo fiel de tu evangelio, nunca permitas que contradiga mi ser cristiano con la incongruencia o el mal ejemplo. Concédeme ser un auténtico seguidor y testigo de tu amor.

Lectura de la segunda carta del apóstol san Pablo a los Corintios (2 Cor. 3,4-11)

Esta confianza con Dios la tenemos por Cristo. No es que por nosotros mismos estemos capacitados para apuntarnos algo, como realización nuestra; nuestra capacidad nos viene de Dios, que nos ha capacitado para ser ministros de una alianza nueva: no de código escrito, sino de espíritu; porque la ley escrita mata, el Espíritu da vida. Aquel ministerio de muerte –

letras grabadas en piedra– se inauguró con gloria; tanto que los israelitas no podían fijar la vista en el rostro de Moisés, por el resplandor de su rostro, caduco y todo como era. Pues con cuánta mayor razón el ministerio del Espíritu resplandecerá de gloria. Si el ministerio de la condena se hizo con resplandor, cuánto más resplandecerá el ministerio del perdón. El resplandor aquel ya no es resplandor, eclipsado por esta gloria incomparable. Si lo caduco tuvo su resplandor, figuraos cuál será el de lo permanente.

Salmo (Sal 98,5.6.7.8.9)

Santo eres, Señor, nuestro Dios.

Lectura del santo evangelio según san Mateo (Mt. 5,17-19)

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «No creáis que he venido a abolir la Ley y los profetas: no he venido a abolir, sino a dar plenitud. Os aseguro que antes pasarán el cielo y la tierra que deje de cumplirse hasta la última letra o tilde de la Ley. El que se salte uno solo de los preceptos menos importantes, y se lo enseñe así a los hombres será el menos importante en el reino de los cielos. Pero quien los cumpla y enseñe será grande en el Reino de los Cielos.»

Releemos el evangelio

San Juan Pablo II (1920-2005)

papa

Discurso en la sinagoga de Roma 13/04/1986 (trad. ec.aciprensa.com)

No he venido a abolir la Ley sino a darle plenitud

La visita de hoy quiere aportar una decidida contribución a la consolidación de las buenas relaciones entre nuestras comunidades... Somos todos conscientes de que entre las muchas riquezas de este número de "Nostra Aetate"...

El primero es que la Iglesia de Cristo descubre su "relación" con el Judaísmo "escrutando su propio misterio" .La religión judía no nos es "extrínseca", sino que en cierto modo, es "intrínseca" a nuestra religión. Por tanto tenemos con ella relaciones que no tenemos con ninguna otra religión. Sois nuestros hermanos predilectos y en cierto modo se podría decir nuestros hermanos mayores.

Además, se debe decir que el camino emprendido se halla todavía en sus comienzos, y que por tanto se necesitará todavía bastante tiempo, a pesar de los grandes esfuerzos ya hechos por una parte y por otra, para suprimir toda forma, aunque sea inconsciente, de prejuicios, para adecuar toda manera de expresarse y por tanto para presentar siempre y en cualquier parte, a nosotros mismos y a los demás, el verdadero rostro de los judíos y del Judaísmo como también de los cristianos y del Cristianismo... A nadie se le oculta que la divergencia fundamental desde los orígenes es la adhesión de nosotros los cristianos a la persona y a la enseñanza de Jesús de Nazaret, hijo de vuestro pueblo, del cual nacieron también la Virgen María, los Apóstoles, "fundamento y columnas de la Iglesia"(cf Ga 2,9), y la mayoría de los miembros de la primera comunidad cristiana...

Es preciso decir, además, que las vías abiertas a nuestra colaboración a la luz de la herencia común que procede de la Ley y de los Profetas, son varias e importantes... Queremos recordar sobre todo una colaboración en favor del hombre, de su vida desde la concepción hasta la muerte natural, de su dignidad, de su libertad, de sus derechos, de su desarrollo en su sociedad no hostil, sino amiga y favorable, donde reine la justicia y donde en esta nación, en los continentes y en el mundo, sea la paz la que impere, el shalom auspiciado por los Legisladores, por los Profetas y por los Sabios de Israel.

Tratemos en cuanto sea posible de hacerlo juntos, que de esta visita mía y de esta concordia y serenidad conseguidas surja, como el río que Ezequiel vio surgir de la puerta oriental del Templo de Jerusalén (cf. Ez 47, 1ss.), un torrente fresco y benéfico que ayude a sanar las plagas que Roma

sufre. Al hacer esto, me permito decir, seremos fieles a nuestros respectivos compromisos más sagrados, pero también a aquel que más profundamente nos une y nos reúne: la fe en un solo Dios que "ama a los extranjeros" y "hace justicia al huérfano y a la viuda" (cf. Dt 10,18), comprometiéndonos también nosotros a amarlos y socorrerlos (cf. ib., y Lev 19, 18,34). Los cristianos han aprendido esta voluntad del Señor de la Torá, que vosotros aquí veneráis, y de Jesús, que ha llevado hasta extremas consecuencias el amor pedido en la Torá.

Palabras del Santo Padre Francisco

«La Ley no debe ser abolida, sino que necesita una nueva interpretación, lo que lo lleva de nuevo a su significado original. Si una persona tiene un buen corazón, predispuesto al amor, entonces entiende que cada palabra de Dios debe encarnarse hasta sus últimas consecuencias. La ley no debe abolirse, pero necesita una nueva interpretación que la reconduzca a su sentido original. Si una persona tiene un buen corazón, predispuesto al amor, entonces comprende que cada palabra de Dios debe estar encarnada hasta sus últimas consecuencias. El amor no tiene confines: se puede amar al propio cónyuge, al propio amigo y hasta al propio enemigo con una perspectiva completamente nueva.» *(Audiencia de S.S. Francisco, 2 de enero de 2019).*

Meditación

¿Qué quieres para tus hijos? ¿Y para tu pareja o tu mejor amigo? A la gente que amamos le deseamos el bien, y no cualquier bien, sino todos los bienes, desde un éxito escolar o profesional hasta la gloria más alta y la felicidad más plena en el Reino de los Cielos. Si tú puedes desear tanto bien a alguien que amas, piensa ¿cómo será lo que Jesús desea para ti? Jesús no sólo nos quiere ver felices, sino que hace todo lo posible para lograrlo.

Nos ha regalado la vida, la familia, la gente que nos ha apoyado, consolado, levantado... Jesús nos quiere conquistar, no forzarnos. Él sabe que nuestra felicidad está en amarlo, pero no nos obliga.

En este Evangelio Jesús nos revela una vez más su gran amor por nosotros, para ver si hoy sí nos puede conquistar. ¿Qué dice? Primero dice que ha venido a dar plenitud a la ley y a los profetas. ¿Qué es la plenitud de la ley? San Pablo dice que *la plenitud de la ley es el amor, (Rm 13,10)* y Jesús mismo nos dice que *no hay amor más grande que éste: que un hombre de la vida por sus amigos (Jn 15, 13)*. En otras palabras, lo que Jesús nos está diciendo es: Yo hago todo lo que puedo para que te des cuenta de que te amo. Mira la cruz. Lo hice y lo haría mil veces por ti. Mira el pesebre de Belén. Me hice hombre por ti. Mira tu pasado. Quien te ha buscado siempre he sido yo. ¿Me dejas entrar hoy en tu corazón, para sanarte y cumplir tus anhelos?

Es tan grande el amor de Jesús por nosotros, que en este Evangelio no duda en mostrarnos el camino para llegar al cielo: cumplir y enseñar sus preceptos. ¿Cuáles? *Éste es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado. (Jn 15, 12)*

Jesús, gracias por amarme tanto. Ayúdame a dejarme conquistar por Ti, y a hacerte caso, a cumplir tu mandamiento del amor para que Tú, yo y mis hermanos, vivamos en tu paz y alegría, y lleguemos un día al cielo a disfrutar estar contigo para siempre.

Oración final

¡Celebra a Yahvé, Jerusalén,
alaba a tu Dios, Sión!,
que refuerza los cerrojos de tus puertas
y bendice en tu interior a tus hijos. *(Sal 147,12-13)*

JUEVES, 13 DE JUNIO DE 2019
JESUCRISTO, SUMO Y ETERNO SACERDOTE
Recordar con frecuencia nuestra meta.

Oración introductoria

Hoy estoy aquí, Señor, porque mi alma tiene sed de Ti. Quiero estar contigo y acompañarte estos minutos. Sé que Tú también deseas estar conmigo y te complaces de mi compañía. Te agradezco todo lo que me das día tras día.

Gracias por el don de la fe, de la esperanza y del amor. Gracias por haberme creado y salvado. Te pido perdón por mis faltas y la gracia de ser mejor por amor a Ti. Ayúdame a salir de esta oración con el deseo y la voluntad encendidos para llevar tu mensaje a los hombres e instaurar tu Reino en el mundo.

Petición

Espíritu Santo, dame la coherencia de vida para manifestar mi fe con las obras.

Lectura del libro de Isaías (Is. 6, 1-4.8)

En el año de la muerte del rey Ozías, vi al Señor sentado sobre un trono alto y excelso: la orla de su manto llenaba el templo. Junto al él estaban los serafines, cada uno con seis alas: con dos alas se cubrían el rostro, con dos el cuerpo, con dos volaban, y se gritaban uno a otro diciendo: «¡Santo, santo, santo es el Señor del universo, llena está la tierra de su gloria!». Temblaban las jambas y los umbrales al clamor de su voz, y el templo estaba lleno de humo. Entones escuché la voz del Señor, que decía: «¿A quién enviaré? ¿Y irá por nosotros?». Contesté: «Aquí estoy, mándame».

Salmo (Sal 22, 2-3. 5. 6)

El Señor es mi pastor, nada me falta.

Lectura del santo evangelio según san Juan (Jn. 17, 1-2.9. 14-26)

En aquel tiempo, Jesús, levantando los ojos al cielo, dijo: «Padre, ha llegado la hora, glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti y, por el poder que tú has dado sobre toda la carne, dé la vida eterna a todos los que le ha dado. Te ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por estos que tú me diste, porque son tuyos. Yo les he dado tu palabra, y el mundo los ha odiado porque son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. No ruego que los retires del mundo, sino que los guardes del maligno. No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. Santifícalos en la verdad: tu palabra es verdad. Como tú me enviaste al mundo, así yo los envío también al mundo. Y por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad. No solo por ellos ruego, sino también por los que crean en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno, como tú, Padre, en mí, y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado. Yo le he dado la gloria que tú me diste, para que sean uno, como nosotros somos uno; yo en ellos, y tú en mí, para que sean completamente uno, de modo que el mundo sepa que tú me has enviado y que los has amado a ellos como me has amado a mí. Padre, este es mi deseo: que los que me has dado estén conmigo donde yo estoy y contemplen mi gloria, la que me diste, porque me amabas, antes de la fundación del mundo. Padre justo, si el mundo no te ha conocido, yo te he conocido, y estos han conocido que tú me enviaste. Les he dado a conocer y les daré a conocer tu nombre, para que el amor que me tenías esté en ellos, y yo en ellos»

Releemos el evangelio

Pío XII.

De la carta encíclica Mediator Dei

Cristo, sacerdote y víctima

Cristo es ciertamente sacerdote, pero lo es para nosotros, no para sí mismo, ya que él, en nombre de todo el género humano, presenta al Padre eterno las aspiraciones y sentimientos religiosos de los hombres. Es también víctima, pero lo es igualmente para nosotros, ya que se pone en lugar del hombre pecador.

Por esto, aquella frase del Apóstol: *Tened los mismos sentimientos propios de Cristo Jesús* exige de todos los cristianos que, en la medida de las posibilidades humanas, reproduzcan en su interior las mismas disposiciones que tenía el divino Redentor cuando ofrecía el sacrificio de sí mismo: disposiciones de una humilde sumisión, de adoración a la suprema majestad divina, de honor, alabanza y acción de gracias.

Les exige asimismo que asuman en cierto modo la condición de víctimas, que se nieguen a sí mismos, conforme a las normas del Evangelio, que espontánea y libremente practiquen la penitencia, arrepintiéndose y expiando los pecados.

Exige finalmente que todos, unidos a Cristo, muramos místicamente en la cruz, de modo que podamos hacer nuestra aquella sentencia de san Pablo: *Estoy crucificado con Cristo*

Palabras del Santo Padre Francisco

«Jesús reza, pide para que la tristeza y el aislamiento no nos gane el corazón. Nosotros queremos hacer lo mismo, queremos unirnos a la oración de Jesús, a sus palabras para decir juntos: “Padre santo, cuídalos con el poder de tu nombre... para que estén completamente unidos, como tú y yo”, “y su gozo sea completo”. Jesús reza y nos invita a rezar porque

sabe que hay cosas que solo las podemos recibir como don, hay cosas que solo podemos vivir como regalo.» (*Homilía de S.S. Francisco, 20 de septiembre de 2015*).

Meditación

En este Evangelio me invitas con tu ejemplo a levantar mis ojos hacia el cielo. ¿Qué es lo que me quieres enseñar con este gesto, Jesús? Tal vez me estás motivando a vivir mi vida de cara a las cosas de arriba, a no detener mi mirada sólo en las cosas de este mundo, sino levantar mis ojos al cielo para recordar que es allí donde está el verdadero tesoro. Me impulsas a actuar de frente a la eternidad para la que me has creado. Mira, Señor, que a veces mi vida pierde algo de color por no elevar mi mirada. Ayúdame a recordar con frecuencia la meta a la que me llamas: el cielo.

También me hablas de la vida eterna. Yo quiero, Señor, vivir para siempre. Es un deseo que Tú mismo has puesto en mi corazón y que por lo mismo sólo Tú lo puedes satisfacer. Aumenta mi fe para creer en la vida eterna y que no todo acaba con la muerte. Creo que más allá de la muerte está tu amor por mí. Tú me recuerdas que conocerte y amarte es un adelanto de la vida eterna. Dame, entonces, esta gracia. Que no me espere a la vida eterna para conocerte y amarte. Quiero conocerte, verte, amarte, estar a tu lado desde ahora; quiero que mi vida eterna no empiece sólo después de la muerte, sino desde esta vida. Dame el deseo de llevarte a los demás y el anhelo que los demás también puedan obtener la vida eterna. Tú has pedido a tu Padre por mí. No has pedido por el mundo. Has pedido por mí. Por mí. Con esto me demuestras que me amas de una manera particular. Tú no amas en masa. Tú amas a personas específicas, con situaciones específicas, con necesidades específicas, con nombres y apellidos. No amas grupos abstractos, me amas a mí... (*pon tu nombre*).

Gracias por amarme de manera particular, por amarme como soy. Gracias, Jesús, por continuar atento a mis necesidades, a mi situación, a mi existencia. Gracias por no ser un Dios lejano, sino el Dios que me ama, no por lo que tengo o hago, sino por lo que soy: tu hijo, tu hija.

Oración final

Desde lo hondo a ti grito, Yahvé:
¡Señor, escucha mi clamor!
¡Estén atentos tus oídos
a la voz de mis súplicas! *(Sal 130,1-2)*

VIERNES, 14 DE JUNIO DE 2019

Jesús, ¿es exigente?

Oración introductoria

Señor Jesús, te entrego este momento de mi vida y revélame, cada vez más, el amor que diariamente me entregas.

Petición

Señor, quiero escuchar en mi corazón lo que Tú me quieras decir.

Lectura de la segunda carta del apóstol san Pablo a los Corintios (2 Cor. 4,7-15)

El tesoro del ministerio lo llevamos en vasijas de barro, para que se vea que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no proviene de nosotros. Nos aprietan por todos lados, pero no nos aplastan; estamos apurados, pero no desesperados; acosados, pero no abandonados; nos derriban, pero no nos rematan; en toda ocasión y por todas partes, llevamos en el cuerpo la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo. Mientras vivimos, continuamente nos están entregando a la muerte, por causa de Jesús; para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal. Así, la muerte está actuando en nosotros, y la vida en vosotros. Teniendo el mismo espíritu de fe, según lo que está escrito: «Creí, por eso hablé», también nosotros creemos y por eso hablamos;

sabiendo que quien resucitó al Señor Jesús también con Jesús nos resucitará y nos hará estar con vosotros. Todo es para vuestro bien. Cuantos más reciban la gracia, mayor será el agradecimiento, para gloria de Dios.

Salmo (Sal 115,10-11.15-16.17-18)

Te ofreceré, Señor, un sacrificio de alabanza.

Lectura del santo evangelio según san Mateo (Mt. 5,27-32)

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «Habéis oído el mandamiento "no cometerás adulterio". Pues yo os digo: El que mira a una mujer casada deseándola, ya ha sido adúltero con ella en su interior. Si tu ojo derecho te hace caer, sácatelo y títalo. Más te vale perder un miembro que ser echado entero en el infierno. Si tu mano derecha te hace caer, córtatela y títala, porque más te vale perder un miembro que ir a parar entero al infierno. Está mandado: "El que se divorcie de su mujer, que le dé acta de repudio." Pues yo os digo: El que se divorcie de su mujer, excepto en caso de impureza, la induce al adulterio, y el que se case con la divorciada comete adulterio.»

Releemos el evangelio

San Ambrosio

Comentarios sobre los salmos 1,4.7-8

Dulzura del libro de los salmos

Aunque es verdad que toda la sagrada Escritura está impregnada de la gracia divina, el libro de los salmos posee, con todo, una especial dulzura; el mismo Moisés, que narra en un estilo llano las hazañas de los antepasados, después de haber hecho que el pueblo atravesara el mar Rojo de un modo admirable y glorioso, al contemplar cómo el Faraón y su ejército habían quedado sumergidos en él, superando sus propias cualidades (como había superado con aquel hecho sus propias fuerzas), cantó al Señor un cántico triunfal. También María, su hermana, tomando

en su mano el pandero, invitaba a las otras mujeres, diciendo: *Cantaré al Señor, sublime es su victoria, caballos y carros ha arrojado en el mar.*

La historia instruye, la ley enseña, la profecía anuncia, la reprensión corrige, la enseñanza moral aconseja; pero el libro de los salmos es como un compendio de todo ello y una medicina espiritual para todos. El que lo lee halla en él un remedio específico para curar las heridas de sus propias pasiones. El que sepa leer en él encontrará allí, como en un gimnasio público de las almas y como en un estadio de las virtudes, toda la variedad posible de competiciones, de manera que podrá elegir la que crea más adecuada para sí, con miras a alcanzar el premio final.

Aquel que desee recordar e imitar las hazañas de los antepasados hallará compendiada en un solo salmo toda la historia de los padres antiguos, y así, leyéndolo, podrá ir la recorriendo de forma resumida. Aquel que investiga el contenido de la ley, que se reduce toda ella al mandamiento del amor (*porque el que ama a su prójimo tiene cumplido el resto de la ley*), hallará en los salmos con cuánto amor uno solo se expuso a graves peligros para librar a todo el pueblo de su oprobio; con lo cual se dará cuenta de que la gloria de la caridad es superior al triunfo de la fuerza.

Y ¿qué decir de su contenido profético? Aquello que otros habían anunciado de manera enigmática se promete clara y abiertamente a un personaje determinado, a saber, que de su descendencia nacerá el Señor Jesús, como dice el Señor a aquél: *A uno de tu linaje pondré sobre tu trono.* De este modo, en los salmos hayamos profetizado no sólo el nacimiento de Jesús, sino también su pasión salvadora, su reposo en el sepulcro, su resurrección, su ascensión al cielo y su glorificación a la derecha del Padre. El salmista anuncia lo que nadie se hubiera atrevido a decir, aquello mismo que luego, en el Evangelio, proclamó el Señor en persona.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Tengamos muy en cuenta que todos los mandamientos tienen la tarea de indicar el límite de la vida, el límite más allá del cual el hombre se

destruye y destruye a su prójimo, estropeando su relación con Dios. Si vas más allá, te destruyes, también destruyes la relación con Dios y la relación con los demás. Los mandamientos señalan esto. Con esta última palabra, se destaca el hecho de que todas las transgresiones surgen de una raíz interna común: los deseos malvados. Todos los pecados nacen de un deseo malvado. Todos. Allí empieza a moverse el corazón, y uno entra en esa onda, y acaba en una transgresión. Pero no en una transgresión formal, legal: en una transgresión que hiere a uno mismo y a los demás.» *(Audiencia de S.S. Francisco, 21 de noviembre de 2018).*

Meditación

Desmonta pieza por pieza nuestras interpretaciones diluidas de sus mandamientos... Cuántas veces nos acercamos a la fe como si Dios fuera el Ministerio de Hacienda: hay que pagar impuestos, pero icuanto menos paguemos, mejor! Tenemos que creer en algo, pero si tenemos que convertirnos para creer, entonces convirtámonos lo menos posible.

En los afectos, por ejemplo: algún pensamiento obsceno ciertamente no hace daño, alguna fantasía, no causa daño, tanto es así que me mantengo fiel a mi cónyuge... ¡Sí, claro! Jesús propone una actitud completamente diferente: Desde el principio, Dios quiso que la pareja, un hombre y una mujer que se amaran el uno al otro por el resto de sus vidas, fueran compañeros en el camino hacia la plenitud, hacia la santidad. La interpretación reductora de la relación de pareja no es el sueño de Dios, no es el proyecto que Él quería. Jesús nos recuerda esto, diciendo que vale la pena sacrificarlo todo para perseguir este sueño, para realizar este proyecto.

Tomemos en serio las palabras del Maestro: la fe puede iluminar y cambiar radicalmente nuestras vidas, incluso cuando se trata de la vida afectiva y de pareja. ¡Qué hermoso es poder decir esto en estos tiempos frágiles en los que hasta se teme amar!

Oración final

Digo para mis adentros:

«Busca su rostro».

Sí, Yahvé, tu rostro busco:

no me ocultes tu rostro.

No rechaces con ira a tu siervo,
que tú eres mi auxilio.

No me abandones, no me dejes,

Dios de mi salvación. *(Sal 27,8-9)*

SÁBADO, 15 DE JUNIO DE 2019

Pureza de intención.

Oración introductoria

Señor, vengo ante Ti para pasar este momento de oración en tu presencia. Quiero estar contigo. Necesito de Ti. Dame la gracia de conocerte un poco más en esta oración. Ayúdame a ser una persona honesta y con pureza de intención.

Petición

Dame la gracia de dar siempre un testimonio coherente de mi fe.

Lectura de la segunda carta del apóstol san Pablo a los Corintios (2 Cor. 5,14-21)

Nos apremia el amor de Cristo, al considerar que, si uno murió por todos, todos murieron. Cristo murió por todos, para que los que viven ya no vivan para sí, sino para el que murió y resucitó por ellos. Por tanto, no valoramos a nadie según la carne. Si alguna vez juzgamos a Cristo según la carne, ahora ya no. El que es de Cristo es una criatura nueva. Lo antiguo ha

pasado, lo nuevo ha comenzado. Todo esto viene de Dios, que por medio de Cristo nos reconcilió consigo y nos encargó el ministerio de la reconciliación. Es decir, Dios mismo estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo-, sin pedirle cuentas de sus pecados, y a nosotros nos ha confiado la palabra de la reconciliación. Por eso, nosotros actuamos como enviados de Cristo, y es como si Dios mismo os exhortara por nuestro medio. En nombre de Cristo os pedimos que os reconciliéis con Dios. Al que no habla pecado Dios lo hizo expiación por nuestro pecado, para que nosotros, unidos a él, recibamos la justificación de Dios.

Salmo (Sal 102,1-2.3-4.8-9.11-12)

El Señor es compasivo y misericordioso.

Lectura del santo evangelio según san Mateo (Mt. 5,33-37)

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «Habéis oído que se dijo a los antiguos: "No jurarás en falso" y "Cumplirás tus votos al Señor." Pues yo os digo que no juréis en absoluto: ni por el cielo, que es el trono de Dios; ni por la tierra, que es estrado de sus pies; ni por Jerusalén, que es la ciudad del Gran Rey. Ni jures por tu cabeza, pues no puedes volver blanco o negro un solo pelo. A vosotros os basta decir "sí" o "no". Lo que pasa de ahí viene del Maligno.»

Releemos el evangelio

San Ambrosio

Comentarios sobre los salmos 1,9-12

*Cantar salmos con el espíritu,
pero cantarlos también con la mente*

¿Qué cosa hay más agradable que los salmos? Como dice bellamente el mismo salmista: *Alabad al Señor, que los salmos son buenos; nuestro Dios merece una alabanza armoniosa. Y con razón: los salmos, en efecto, son la bendición del pueblo, la alabanza de Dios, el elogio de los fieles, el*

aplauzo de todos, el lenguaje universal, la voz de la Iglesia, la profesión armoniosa de nuestra fe, la expresión de nuestra entrega total, el gozo de nuestra libertad, el clamor de nuestra alegría desbordante. Ellos calman nuestra ira, rechazan nuestras preocupaciones, nos consuelan en nuestras tristezas. De noche son un arma, de día una enseñanza; en el peligro son nuestra defensa, en las festividades nuestra alegría; ellos expresan la tranquilidad de nuestro espíritu, son prenda de paz y de concordia, son como la cítara que aúna en un solo canto las voces más diversas y dispares. Con los salmos celebramos el nacimiento del día, y con los salmos cantamos a su ocaso.

En los salmos rivalizan la belleza y la doctrina; son a la vez un canto que deleita y un texto que instruye. Cualquier sentimiento encuentra su eco en el libro de los salmos. Leo en ellos: *Cántico para el amado*, y me inflamo en santos deseos de amor; en ellos voy meditando el don de la revelación, el anuncio profético de la resurrección, los bienes prometidos; en ellos aprendo a evitar el pecado y a sentir arrepentimiento y vergüenza de los delitos cometidos.

¿Qué otra cosa es el Salterio sino el instrumento espiritual con que el hombre inspirado hace resonar en la tierra la dulzura de las melodías celestiales, como quien pulsa la lira del Espíritu Santo? Unido a este Espíritu, el salmista hace subir a lo alto, de diversas maneras, el canto de la alabanza divina, con liras e instrumentos de cuerda, esto es, con los despojos muertos de otras diversas voces; porque nos enseña que primero debemos morir al pecado y luego, no antes, poner de manifiesto en este cuerpo las obras de las diversas virtudes, con las cuales pueda llegar hasta el Señor el obsequio de nuestra devoción.

Nos enseña, pues, el salmista que nuestro canto, nuestra salmodia, debe ser interior, como lo hacía Pablo, que dice: *Quiero rezar llevado del Espíritu, pero rezar también con la inteligencia; quiero cantar llevado del Espíritu, pero cantar también con la inteligencia*; con estas palabras nos advierte que debemos orientar nuestra vida y nuestros actos a las cosas de arriba, para que así el deleite de lo agradable no excite las pasiones

corporales, las cuales no liberan nuestra alma, sino que la aprisionan más aún; el salmista nos recuerda que en la salmodia encuentra el alma su redención: *Tocaré para ti la citara, Santo de Israel; te aclamarán mis labios, Señor, mi alma, que tú redimiste.*

Palabras del Santo Padre Francisco

«La enseñanza que Jesús nos da hoy nos ayuda a recobrar lo que es esencial en nuestras vidas y favorece una relación concreta y cotidiana con Dios. Hermanos y hermanas, las balanzas del Señor son diferentes a las nuestras. Pesa de manera diferente a las personas y sus gestos: Dios no mide la cantidad sino la calidad, escruta el corazón, mira la pureza de las intenciones.» (*Homilía de S.S. Francisco, 11 de noviembre de 2018*).

Meditación

En el Evangelio de hoy se nos habla claramente de no jurar, ni por el cielo, ni por la tierra, ni mucho menos por Dios mismo. Puede pasar que, en ocasiones, se nos presenta la oportunidad de jurar por algo en una determinada circunstancia, solamente para librarnos de algo, como un regaño, o porque queremos dejar bien claro alguna cosa. Hoy el Señor nos habla y dice: «hijo/a es momento de llamar las cosas por su nombre y vivir en una constante pureza de intención.»

La pureza de intención se va viviendo en el día con día, haciendo, sobre todo, ese ejercicio de sinceridad en medio de las dificultades. Lo que ayuda es pensar que Dios lo ve todo y que ve nuestra pureza de intención, sólo que es obvio que depende de cada uno de nosotros.

Oración final

Bendigo a Yahvé, que me aconseja;
aun de noche me instruye la conciencia;
tengo siempre presente a Yahvé,
con él a mi derecha no vacilo. (*Sal 16,7-8*)